

CAMERINO, JOSÉ (¿-1660)

LOS EFECTOS DE LA FUERZA

Cansado Amor de vagar, se había retirado al reino que más le obedece; y en la famosa ciudad que edificó el astuto griego (su noble Corte, y centro de las mayores riquezas del Oriente que la reconoce por señora) no halló otra mayor lisonja que las finezas de Estrella, hija del más rico mercader de Lisboa y de don Sebastián, única prole de don Vasco, caballero de los más principales y ricos de la Corte y que fundaba todas las esperanzas de la conservación de su linaje en él, a quien y a la niña (que lo eran entrambos), había picado por burla con sus doradas flechas, siendo algunos días causa de recreo a los padres, cuyas casas estaban juntas, y de no poca risa a los vecinos, con los tiernos requiebros que con lengua de leche les enseñaba a pronunciar Amor; y no causaban menos gusto los enojos y paces que hacían; y era tanto lo que se querían que siempre estaban juntos. A cuya causa, temeroso don Vasco que con los años no creciese el amor tanto que robusto deslustrase su mucha nobleza con la honesta posesión de la extremada hermosura que tenía la niña, quiso atajar el mal que recelaba; y así contra la voluntad de su mujer que amaba tiernamente al niño, le envió (siendo ya de diez años) a Coimbra en casa de un hermano suyo canónigo en aquella Iglesia porque la ausencia y el estudio le quitasen la memoria de Estrella, la cual lo sintió con tal extremo que no era bastante el padre a consolarla; y así la envió a un convento de monjas para que una tía suya lo hiciese y por aficionarse a la religión a donde había trazado de meterla por dejar a don Francisco, su hijo, tan bien puesto que pudiese parecer caballero, porque con sus riquezas pensaba dorar su nacimiento de manera que le acreditase noble con todos.

Y ya lo intentaba con el ordinario principio del don tan afable que con todos se acompaña, no ignorando la condición de los hombres que fácilmente creen no haber sido escasa la naturaleza con quien se muestra liberal la fortuna, aunque muchas veces veamos lo contrario. Que la ciega diosa aborrece todo merecimiento y a los que conoce desnudos dellos pródiga reparte sus bienes; y así, con los que le había dado pensaba, viviendo, fundarle un mayorazgo sin lo que dejaría muriendo que, con su industria, confiaba no sería poco, siendo el más avariento mercader de la Corte a donde no eran ocultos los amores de su hija que, después de mucho llorar, dejó (con los regalos que le hacían todas las monjas) la tristeza que le había causado la ausencia de don Sebastián, cuya aflicción publicó, con los sucesos del viaje, una carta que en llegando la escribió y llevó otro niño amigo suyo, por cuya mano la niña le respondió con tanta risa de las monjas (que todo lo sabían) que confesaban no haber tenido mejores ratos de los que las daba con sus amores; y la querían tanto que deseaban que nunca saliera del convento. Pero cansada ella de tanta clausura al fin de seis meses quiso volver a casa de su padre, a donde estuvo triste los tres años que vivió don Vasco y duró el destierro de don Sebastián, cuyo progreso en los estudios admiraba a sus maestros, pues excedía a todos sus compañeros que le amaban en extremo y con él sintieron la partida que hizo después de haber, con las artificiales demostraciones de pesar que añadió a las verdaderas, encubierto el contento que le causó

la muerte de su padre, por no haber ya quien le pudiese contrastar a su querida Estrella que mostraba adorarle en las cartas que le escribía, si bien en este tiempo lo hacían con cautela, pues la edad de entrambos lo requería, que era de once años la niña y él de trece. Llegó a Lisboa y renovó con su madre las lágrimas y lástimas que era justo mostrar por la pérdida que habían hecho, y se vieron antes que entendiese su venida el mercader en casa de la abuela materna de Estrella que deseaba verla casada tan noblemente. A cuya causa les dio al descuido ocasión de hablarse en secreto, y lo hizo don Sebastián diciéndole:

-Encarecerte hermosa Estrella, (cuando la tengo tan buena), las penas que en estos tres siglos he pasado, fuera publicarte obligada y pedir por justicia los favores que ya de gracia alcanzo y no lo hiciera por ella, siendo declarado devaneo imaginar que puedan humanos merecimientos pretender, aun en sueño, los más pequeños: y se mostrara cortés quien me llamara temerario, si me persuadiera a manifestar las avenidas de contento que ha causado tu vista al alma que, en tanta gloria, confiesa no haber alcanzado su sombra los más dichosos amantes, y, a no la templar unos justos temores de perderla nacidos del conocimiento de tanto bien y de su poco valor, no hay duda que peligrara mi vida pues en humano corazón no caben sus diluvios. Y así sólo te certifico que éstos me dejan tan obligado que imposibilitan en mí mudanzas, y seguro que no las tengas llegaré a estado que no pueda pasar el mismo Amor.

-El mío -respondió la enamorada doncella- se halla tan favorecido con tu nueva presencia (de la razón que tenía quejas de la presurosa sujeción de la voluntad) que ufano blasona no haber llegado a su altura ninguno de los nacidos, pues presume resistir al poder de la rigurosa Parca.

Cuyas amorosas ternezas pagó don Sebastián con otras no menos encendidas, mostrándose tan galán que, con haber Estrella dejado sin fuerzas al niño alado para acrecentar más su fuego, juzgó frío al corazón y helada al alma a vista de los incendios que ostentaba su querido; y así, no quedó fineza que no hiciese para acreditar su correspondencia. Cuya seguridad le envió tan contento que dio ocasión a la envidiosa fortuna de turbar presto su sosiego con el accidente que lloraron después con razón los niños amantes (que este nombre les dio el principio de sus amores y les duró hasta la muerte). Porque apenas supo su padre la venida de don Sebastián, cuando añadió al natural recogimiento de las portuguesas el que se requería al buen suceso de sus intentos; pero presto conoció no hallarse ninguno que se esconda al Amor, porque causando a Estrella la privación del bien que tenía tan cerca mortales ansias, admitió cada noche en su cuarto a don Sebastián que disfrazado en traje de mujer, con la guía de una criada suya, iba a gozar de sus honestos favores y con él de la misma salía a la mañana, ya que el padre y hermano estaban fuera de casa; pero duró poco el fruto de este engaño pues apenas habían pasado quince días cuando descuidada la criada dio ocasión que le encontrase don Francisco al salir de casa y le siguiese a la suya porque turbado a su vista, temeroso de no ser conocido, volvió a salir con presteza, y con la misma subiendo las escaleras le conoció; y dando dello parte a su padre le obligó a encomendar su honra a la clausura de un monasterio, y no se atrevió la tierna doncella a rehusarlo por las grandes amenazas que la hicieron si no mostraba hacer con mucho gusto su voluntad. Mas no por esto cesó lo que tenía a don Sebastián, el cual perdiera sin duda por este suceso el juicio -

tantas eran sus lástimas- a no le socorrer una prima suya monja en el mismo convento, que habiendo sabido sus extremos, le envió a llamar y habló desta manera diciendo:

-El sentimiento que tengo de tus penas, amado primo, no me consiente sosiego alguno, sin que tú le tengas, y así he sido forzada a llamarte para que te resuelvas de encomendar a tu buen entendimiento que le procure, descubriendo a la ciega voluntad los daños que te causa con su obstinación en pretender cosa que no conviene a la naturaleza de tu linaje, que no cede al más ilustre de España, en la cual hallará nobles hermosuras que la dejen satisfecha si, obediente a la razón, admitiere su consejo, sin el cual usurpa el nombre de Amor toda afición, pues a ésta califica la pretensión del bien; y no lo es solamente la hermosura, que desvanece en pocos años, como suele fresca rosa a la calor estiva, sino las virtudes que las perfecciona el tiempo, y la nobleza que se acrisola en las manos del mismo, y éste suele ser cruel verdugo en castigar las temeridades que hacen sin discurso, para lisonjear el apetito, los nobles mancebos, porque deslustra la semejanza del bien que los engañaba y, tardo arrepentidos, pagan con los atroces tormentos con que les despedaza el corazón los injustos placeres. Éstos confieso que persuaden sin artificio retórico y con tanta fuerza que no bastan los naturales a resistirlos; pero si de tu parte te dispusieres a querer alcanzar la victoria, te la dará seguramente el cielo; y advierte que, de hacer lo contrario, puedes temer justamente no pequeño castigo, siendo hazaña de malvados espíritus estorbar a quien endereza allá sus pasos. Y así retira los tuyos de tanto mal como es inquietar con tus extremos a la niña que ha escogido lo mejor y alcanzarás el premio que solamente te puede hacer dichoso.

-No contradice -respondió don Sebastián- al agradecimiento que deba replicar a vuestras razones y mostrar la grande que tengo en adorar a mi querida Estrella a quien la hermosura hurta perfecciones, aunque sean las tuyas (que no estimáis por fugitivas) de tanto valor que nos asegura el Príncipe de los Filósofos debérsele el señorío de los hombres. Y si en la virtud está la verdadera nobleza califica mi dueño con las muchas que tiene la suya, y yo mi justa pretensión que os suplico favorezcáis si estimáis mi vida y la conservación de nuestro linaje, el cual veréis acabado con ella no lo haciendo, por ser imposible que resista a las penas que me causa el solo temor de no alcanzar lo que deseo. Y con las muchas lágrimas que derramó y con los ardientes suspiros con los cuales encendió el aire las acreditó de manera que lastimada su prima prometió ayudarle en cuanto pudiese. De que habiéndola dado don Sebastián las debidas gracias le pidió que fuese la primera que él recibiese la vista de su querida Estrella. Prometiéndolo así y despidiéndose con esto fue a la celda de la misma y la halló que deshecha en lágrimas lamentaba su desdicha, y si bien en viéndola quiso disimularlas no lo pudo hacer, porque mostrando haberlas conocido con su causa le obligó a confesar sus males y luego le aplicó los remedios que le dictaba su prudencia; y fueron tales que alentaron sus desmayadas esperanzas y le restituyeron el contento que había perdido. Pero no le sufrió la mudable fortuna que gozase enteramente el bien que le prometía la vista de su querido, porque el día que había de ser víspera de la visita llegó a Lisboa una carabela con aviso que al Cabo de Buena Esperanza quedaba destrozada de la furia del mar una nave en la cual iba gran suma de mercadería de su padre, a cuya causa quedó del todo destruido y apenas tuvo lugar de entregar a su hija cincuenta mil ducados en oro y joyas para que secretamente se los guardase, por saber que habían de acudir luego acreedores, como

sucedió, dejándole pobre, que solamente le quedaron las esperanzas de rehacerse con los dineros que le encubría su hija, la cual estaba tan enamorada que sintió esta desgracia solamente por ser estorbo de la vista de don Sebastián, a quien avisó por medio de la prima que al día siguiente podría hablarle y llegado el plazo la ejecutó sin conceder la menor espera, y a las muestras del sentimiento que le había causado la desdicha de su padre añadió el que tenía amoroso por su repentina determinación con estas razones:

-Bien te persuadirás que no quiero, pues no me ha muerto el dolor de ver fingido el amor que blasonabas tenerme, y con razón, si no engañara al alma la esperanza de tu arrepentimiento, mientras puedes mudar parecer; porque a creer la firmeza del presente, vieras triunfar de mi vida al justo sentimiento de tanta ingratitud.

Y fue tan grande el que llegó al fin destas razones que le ató la lengua, por deslustrar las más agudas suyas su calidad que acreditó con superior retórica el silencio; y bien presto lo aseguró la hermosa Estrella, presentando en cristal las cartas de creencia que en favor de la lengua enviaba el corazón, cuya respuesta dio con estas palabras:

-Amor, que ya es en mi naturaleza, no me consiente mudanzas sino de la vida a la muerte y ésta será cierta si durase la porfía de mi padre que me ha obligado a la obediencia, y no la prometeré a la Abadesa pues la debo al Amor, el cual con rigor me ejecuta sin valerme el sagrado deste convento; y así no sientas tan mal de mi firmeza y no pierdas la que siempre has mostrado, que el tiempo remediará nuestros males como lo acostumbra hacer; y tú alivia entretanto los míos con tus visitas que no hay duda son los mayores, estando privados de todo divertimento.

Y sin consentirle prosiguiese, loco ya de contento, mostró con amorosas ternezas el agradecimiento que tenía por los nuevos favores diciendo:

-Si no hubiera triunfado perfectamente tu divina hermosura de mi libertad, pudiera con nuevas demostraciones calificar la gloria que recibo con el presente favor, que confieso iguala a mi amor aunque no le hay más perfecto en el mundo; y así dejo que lo haga el silencio y solamente suplico me des palabra de ser mi esposa que con esto quedaré del todo seguro que no te pueda vencer la fuerza paterna.

Y dándosele con mil juramentos se apartaron y continuaron después estas visitas todo el tiempo de la aprobación. Y en pasado la hiciera su padre profesar a no estorbárselo el amante con ponerle demanda de casamiento ante el Arzobispo que mandó luego restituírle su libertad y examinarla. Y a este efecto la llevaron de consentimiento de las partes a casa de su abuela, que por tenerla don Sebastián de su bando no replicó; pero habiendo tenido lugar el padre y hermano de hablarla antes que recibiesen su dicho le hicieron mil amenazas de matarla si confesaba ser verdadera la pretensión del Caballero; porque, aunque les estuviese muy bien tan principal casamiento, temían no perder los cincuenta mil ducados (única esperanza de su restauración) y si bien don Sebastián mostraba no cuidar de la hacienda, no juzgaban verdadero el menosprecio della, midiendo su noble pecho con el vil y apocado dellos; porque el avariento y humilde entiende que no tiene la felicidad otra morada que las riquezas siendo su albergue la

verdad que ordinariamente reside en nobles pechos. Pero viendo que se burlaba Amor de la muerte que le amenazaban airado el hermano le habló desta manera:

-Cruel enemiga de tu misma sangre, pues la destruyes para satisfacer a tus mal nacidos deseos y no para el fin principal del santo matrimonio que sacrilega profanas con los diversos que tienes, está cierta que a la declaración de malvada voluntad seguirá la muerte dese tu querido (perturbador de nuestro sosiego y estorbo de todo nuestro bien), que habiendo de quedar yo perdido, no has de verte triunfante; y así considera lo que está bien, porque ya he remitido al acero la retórica.

Y sin hablarla más se fueron dejándola tan afligida que no fue la abuela para consolarla. Y habiendo pasado toda aquella noche llorando se determinó no aventurar la vida de su amante, porque conocía que la desesperación hace valiente al más cobarde; y así negó, cuando la examinaron los ministros del Arzobispo, haberle dado palabra de casamiento y dijo que era su voluntad de ser monja, como lo fue. Profesando con tanta pena y lástimas de don Sebastián que escandalizó con sus amorosas locuras a toda Lisboa. Pero no dilató mucho tiempo el cielo en castigar el sacrilegio que habían cometido en forzarla, porque paseándose su hermano una noche del ardiente estío por Lisboa, ya que daba la vuelta para su casa, por ser las dos, vio descolgar de una alta ventana una escala de seda; y reconociendo la casa advirtió ser su dueño un caballero de los más principales de la Corte; y persuadiéndose que la que la hacía la seña fuese su hija a quien había procurado muchas veces mostrarse enamorado de su hermosura, movido de sus riquezas y nobleza, y della por las mismas causas no admitido, se determinó de no perder la ocasión de alcanzar lo que había deseado en vano. Y así subió con notable presteza, y llegando a la ventana con mucha ligereza se lanzó y apenas tocó el suelo, cuando la misma niña que él había pensado le fue a abrazar. Pero conociendo no ser su galán se retiró temblando y despavorida por verse a solas con él, y le suplicó con lágrimas que se fuese asegurándole que antes perdería la vida que le permitiese el cumplimiento de sus mal nacidos deseos; pero resuelto de no partirse sin verlos satisfechos, ya que no le aprovechaban las muchas ternezas que le dijo, la amenazó con que haría público el caso; de cuya determinación atemorizada la incauta señora le entregó su más preciada joya, si bien con promesa de ser su marido pues el que por largo servir y mucho amor lo merecía lo había perdido por descuidado, y estuvieron en amorosos placeres hasta que los estorbó el Alba, cuya priesa acusando el mancebo se despidió y quedó de volver a la misma hora la noche siguiente. Pero no se lo consintió el que todo lo rige, porque el galán de la doncella, que había llegado cuando ya don Francisco subía a hurtarle su bien, pensando ser engañado le aguardó celoso toda la noche con dos amigos suyos, y viéndole en el suelo le acometieron juntos y dejaron muerto en la calle; cuya muerte, en llegando a los oídos del viejo padre le trasladó a la parte que había sido el todo de sus desdichas, las cuales publicó con lágrimas y suspiros, no siendo menos las lágrimas de Estrella cuando le llevaron para enterrarlo a la iglesia de su convento, a quien don Sebastián escribió en esta ocasión procurando acreditar el pesar que tenía de tan grande desastre, y despertó con las amorosas razones y ternezas que enamorado había esparcido por el billete al Amor que ya parecía si no muerto, dormido, pues con haberle prohibido la Abadesa ir al locutorio y con las prudentes pláticas de su padre espiritual se había templado el ardor que tanto la afligía con esperanzas de cesar del todo. Pero el veneno del papel inficionó de suerte al

entendimiento con la memoria de las pasadas glorias que, representándolas inconsiderado a la voluntad, furiosa se alzó con el gobierno del alma, y dando dello aviso a don Sebastián por vía de su prima renovaron la correspondencia. Y no pudiendo Estrella sufrir más las penas que le causaba el sacrílego deseo consintió salirse del convento conforme instaba el amante, el cual, alegre de esta resolución, buscó a un mozo forastero, moderno morador de Lisboa adonde había venido de Galicia, su nativo suelo, con intención de pasarse a las Indias, a quien don Sebastián se había aficionado en las casas de juego que frecuentaban entrambos; y él en diversas ocasiones había demostrado desearlas de sus servidos para acreditar su correspondencia; y así confiado en ella el caballero (habiéndole hallado en su casa) le habló desta manera:

-Las muestras de voluntad y de vuestra nobleza en las ocasiones que he visto me aseguran que puedo con toda confianza comunicaros un amoroso suceso mío; y así sabréis que después de largo penar me concede Amor la posesión de la más hermosa doncella que tiene el suelo, porque, determinada de hacerme dichoso, deja un monasterio que la encierra y vendrá conmigo a vuestra casa, en la cual por no conocida y por vuestras partes estará más segura; y lo podréis estar de que no será pequeño el agradecimiento que mostraré con la misma vida por tal merced.

A cuyas razones habiendo respondido con otras llenas de cortesía, mostró quedarle obligado por la confianza que hacía dél, y le ofreció no desmentirla con sus obras. Y así dentro de seis días una noche muy obscura, que deshecho el cielo amenazaba nuevo diluvio a la tierra, salió la mal aconsejada monja del monasterio con unas llaves falsas que había hecho ya que todas dormían, y halló al sacrílego amante que la aguardaba. Y no pudo el cielo apagar el amoroso fuego con un mar de agua que arrojó sobre ellos en el camino, por haber ido solo y a pie (temeroso de no ser descubierto) a la ejecución de la maldad que aprobó el gallego con el contento con que los recibió, y habiendo pasado con mayor la noche en los infames placeres los continuó por espacio de tres meses, sin que se los pudiese estorbar la diligencia de la justicia que anduvo cuidadosa en descubrirlos. Pero enfermado al fin dellos estuvo en la cama cerca de quince días, en los cuales el amigo, vendido de la hermosura de Estrella, y animado de su sabida flaqueza, procuró con muchas veras rendirla (que se pierde fácilmente el respeto a quien se sabe haberlo perdido a Dios) y viendo que no aprovechaban persuasiones, ya que don Sebastián andaba convaleciente, si bien no salía de casa, entrando de noche en el cuarto de Estrella intentó por fuerza pagar al apetito (que tirano no precia voluntades); pero permitió el cielo para castigar con un rebelde a su enemigo, que el común nuestro aumentase tanto los deseos que ardían en don Sebastián de ver a su bien que, sin dar parte a nadie, saliese de su casa y solo se fuese a la del desleal amigo; y conocido en llegando de su criado, le abrió. Que ciego el gallego no le había prevenido, aunque no presumía se atreviese a tanto don Sebastián, el cual subió las escaleras y halló desierta la sala; pero entrando en el cuarto de su querida Estrella vio su resistencia y la villanía del infame amigo, a quien, antes que le dejase la turbación, sacó a puñaladas el alma; y sosegado ordenó al criado del traidor difunto, que estaba en un cuarto bajo, que fuese a su casa y le hiciese traer un caballo, y habiéndolo hecho le dijo que avisado su amo que le buscaba la justicia por la muerte que había dado a un caballero de la ciudad se había partido por la posta para Castilla y dejándole cien escudos de oro para que al momento le siguiese y con dárselos

acreditó su mentira. Que este metal persuade valientemente lo que quiere. Fuese el criado, y él con Estrella vestida de hombre a la mañana se embarcó en una nave que con el Aurora partió para Sicilia, a donde llegaron sin que les aconteciese cosa contraria. Pero a la vista de Mecina, ya que alegres iban a tomar puerto, con un repentino furor se lo estorbó el mar, revolviéndose en tantas y varias maneras que no se podía bien conocer si aspiraba a entrarse con sus furiosas olas en el cielo o penetrar con ellos a los infiernos; o, no contento de sus anchos términos, pretendía extenderlos con la ruina de Sicilia y de toda la tierra; y así, en una y otra parte llevada la nave sin esperanzas de contrastar a tanta furia, se entregó a la del viento, que la llevó a hacerse pedazos en la costa de Berbería. Y en desdicha semejante les dejó el piadoso cielo la vida y gran parte de las mercaderías que llevaba el navío. Pero cuando los marineros reconocieron la tierra quedaron muy tristes y publicaron la causa dello a las instancias de Estrella que obscureció su luz con el temor de las bárbaras afrentas. Y si bien procuraba don Sebastián alentarla, estaba más necesitado de consuelo; no por el cautiverio, que no estimaba, sino por la cierta usurpación y pérdida de su hermosa monja. Y mientras emulaban con sus interiores tormentas la borrascosa del airado mar, se vieron en medio de dos turcos que venían en dos fuertes caballos acompañados de diez soldados de a pie el uno y de ocho el otro; y llegando a un tiempo a los desdichados náufragos, pretendió cada uno el solo señorío dellos, y no bastante a dárselo las razones, vinieron a una reñida y cruel batalla, en cuyo discurso, viéndose inferior el de los diez soldados empezó con injuriosas palabras a vengarse llamando perro renegado a su contrario. Cuyas razones entendió un marinero que otra vez había sido cautivo, y encareció tanto la crueldad de los renegados que resuelto don Sebastián a no le querer por dueño le mató y ayudó de tal manera al turco que alcanzó la victoria, y luego, echando por el suelo las armas, se entregó con Estrella por su esclavo; y agradeciendo el bárbaro los recibió con semblante afable, y cargando a los demás con sus mercaderías los llevó a la ciudad, cuyo gobernador era, que estaba poco distante. Y habiendo hecho por el contento de la presa un grande banquete se hizo servir de todos los cautivos, y vista entre ellos la hermosura de Estrella quedó su esclavo, y dio tantas señales de su amorosa pasión que la conoció el amante y lloró el alma su cierta desdicha que no tardó mucho en verla con sus propios ojos; porque habiendo el enamorado turco, después del banquete, llamado a la bella cristiana en su cuarto, procuró reducirla con promesas de casarse con ella a renegar de la fe; pero hallándola constante la llevó a un jardín y en él regaló la fuerza a su desenfrenado apetito a vista de don Sebastián, que ya jardinero escondido entre unos árboles vio el robo de sus gustos. Cuya pena es imposible refiera la pluma cuando desmaya el pensamiento, y así dejó al de los enamorados la ponderación della (que si parara aquí, fuera pequeña). Mas vencida Estrella de los regalos y amores del turco, al cabo de unos días de su cautiverio renegó nuestra santa fe y casó con el bárbaro (que hay muy poco trecho de los torpes deleites a la infidelidad, siendo éstos los que entre los otros vicios hacen más fácilmente deslizar en la fe, castigo que da Dios a quien más le ofende). Aquí pues fueron las ansias, suspiros y diluvio de tormentos, que cayeron sobre el desdichado don Sebastián; de cuyas penas lastimada Estrella (que en fin le amaba tiernamente) procuró con el marido le tratase más bien por su hermano; y lo alcanzó porque lo dejó como libre. Mas no cesaban con esto sus martirios; como un día que tuvo lugar de hablarla a solas, paseándose por el jardín, se lo aseguó con estas amorosas quejas:

-Bien veo que no puedo alcanzar de una turca la piedad que deseo; pero Amor, que a los pechos de la esperanza crece en mí, con nuevos modos se sustenta, y sin ella me manda que solicite la dicha que no aguardo con descubrirte los tormentos que padezco, cuyo rigor es tanto que dechado le imita la crueldad tartárea. Pero en tí, que me aborreces, será causa de risa, y alegre de haber bien logrado la bárbara intención de que fuesen los favores que me hiciste sainete de las penas, serán para tu turco en sus deleites salsa.

Y el dolor que no pudo manifestar la lengua, descubrió un desmayo semejante a la muerte, con que se enterneció tanto la bella Estrella que, desperdiciando perlas, se abrazó con el casi difunto amante, y habiéndole restituido con ellas la vida le aseguró, por la de entrambos, que aún estaban en su pecho vivas las llamas del primero Amor y que para certificarle dello aguardaba ocasión de burlas con su huida al bárbaro marido. Con cuyas razones alentado don Sebastián la suplicó las acreditase con el efecto, y habiéndolo confirmado con mil juramentos, los dividió con su venida el turco el cual con muchas muestras de amor le dio parte de una forzosa ausencia que había de hacer por ocho días, y ella procuró acreditar su fingido sentimiento con lágrimas y suspiros, y el turco, por consolarla, mandó que fuese obedecida en cuanto mandase como su propia persona. Y así, dos días después de su partida, hizo aprestar un bergantín, y proveído de robustos esclavos con cuatro turcos y su querido entró en el mar con achaque de divertirse, y cuando se vieron lejos de la tierra los esclavos, que estaban avisados, cautivaron a los turcos y con un fresco viento tomaron la derrota de Sicilia. Pero se mudó presto el tiempo, y con él en tristeza la alegría, y llevados de la fuerza de los vientos (después de haber corrido perdidos dos días con sus noches) se hallaron en una playa ya desierta con el bergantín hecho pedazos, y casi todos los que escaparon del mar perecieron en la tierra de hambre por ser despoblado el lugar del naufragio. Pero don Sebastián y Estrella, después de haber dejado escrito en una grande piedra en breves versos sus sucesos, se los comieron los feroces animales de aquella tierra, y solamente tres dellos, los más robustos, quedaron vivos y fueron recogidos de otro bajel que por tormenta acudió a la misma parte, y éstos contaron después sus desastradas muertes. Que así pagaron la maldad que habían cometido en solicitarla él y en salirse ella a sus persuasiones del monasterio. Pecado tan grave que los mismos gentiles en sus Vestales le castigaban severísimamente, enterrando vivas a las que con sus torpezas osaban profanar la castidad que profesaban.